

Rabia

-

Sergio Bizzio

—«Le das realmente mucha importancia si dejas que controle de ese modo tu vida», le dije. Y él: «¿Te gustaría saber si quiero oír lo que me estás diciendo?»

—¿Dijo eso?

—No. Me lo hizo saber.

DOCTOR WAYNE W. DYER & LUA SENKU. *Diálogos*

—Cuando vos naciste yo estaba acabando...

—No te creo —dijo Rosa riéndose—, no podés acordarte de una cosa así...

Se llevaban quince años. Rosa tenía veinticinco y José María cuarenta. Él estaba tan enamorado que se creía capaz de todo, incluso de recordar lo que hacía cuando ella nació: ¿acababa? En esa época estaba de novio con una chica muy alta y muy flaca que se erguía cada vez que él le apoyaba una mano en la cintura; entonces parecía todavía más alta y huesuda de lo que era. La chica le llevaba una cabeza, era seseosa, usaba ropa elástica y se planchaba el pelo; a pesar de eso, tenían sexo. José María había estado de novio todo el año con esa chica: había una posibilidad en veintiocho de que realmente estuviera haciendo el amor el día del nacimiento de Rosa (febrero). Lo pensó en días, no en segundos: no le alcanzaba con ignorar que «si el orgasmo durara tres minutos, nadie creería en Dios», como dice el doctor Dyer; acertar con la memoria en unidades de tiempo tan menores, además, hubiera equivalido a probar su existencia. De todas formas, era una broma, un juego. Y Rosa estaba encantada, por lo menos con la intención. Lo abrazó.

Él se dejó llenar la cara de besos. Cuando la oreja de Rosa pasó cerca de su boca, aprovechó para decirle:

—¿Me das la cola?

Rosa se congeló.

—Uh... —dijo.

—¿Qué pasa?

—Yo sabía que en algún momento me la ibas a...

—¿No querés?

—Es que...

Muy frecuentemente Rosa no terminaba sus frases. Estaba excitadísima, pero dejar inconcluso lo que había empezado a decir era su manera habitual de hablar; no tenía que ver con la excitación: pensaba a la velocidad del rayo, sus pensamientos se atropellaban y se interrumpían.

—Te va a gustar...

—No sé...

—Te garantizo.

José María la miró un momento en silencio y, como Rosa no decía nada, se bajó de encima de ella, se acostó a su lado y le pasó una mano por la cintura para darla vuelta. Pero Rosa se arqueó y se apartó rápidamente, como si al contacto con la mano de José María hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Qué tenés?

Ella negó con la cabeza.

—Dale, Rosa, yo sé lo que te digo...

Rosa se acodó en la cama, lo miró y le preguntó:

—¿Me querés?

—Sabés que sí...

—Y entonces ¿por qué querés hacerme...?

—Mi amor, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? Hace como dos meses que estamos saliendo... ¿Vos a mí me querés?

—Te adoro.

—¡Bueno, yo también!

—Sabía que un día me ibas a venir con...

—Sabías porque vos también querés. Por eso sabías.

—Lo que pasa es que nunca lo...

—¡Yo tampoco lo hice nunca!

—¿De verdad?

—¿Por qué te voy a mentir?

—¿Nunca hiciste el amor por la... con nadie?

José María se besó los dedos en cruz. Estaban los dos completamente desnudos en la habitación de un hotelito del Bajo al que iban los sábados; lo único que tenían puesto eran sus respectivos relojes. La semana pasada José María había comprado dos Rolex falsos y le había regalado uno a Rosa.

José María alcanzó a ver la hora en el Rolex de Rosa: faltaban veinte minutos para las doce del mediodía. A esa hora tenían que dejar la habitación.

—¿No me mentís?

—¿Qué querés, que te lo jure? Te lo juro de acá a la China si querés. Te lo juro por Dios.

—Te creo. ¡Qué tonta, te digo «Te creo» y vas a pensar que estoy aflojando...!

—Mi amor, no hablemos más. Nos quedan veinte minutos...

—¿Y en veinte minutos me querés hacer...? ¡Veinte minutos no es nada para una cosa así!

—Rosa, te amo.

—Sí, ya sé...

—¿Qué importa el tiempo si hay amor?

—Lo que pasa es que esto para mí es muy...

—Probá aunque más no sea. Dejame probar. Probemos.

—¿Y si me duele?

—¡Qué te va a doler! Si te duele, paro.

—¿Me vas a querer igual, después?

José María se sonrió.

—Vení, dame un beso... —le dijo.

Rosa lo besó, pero primero hizo una pausa: sabía que el beso era un «sí».

En el fondo estaba muerta de ganas. Se lo hubiera dado todo. Si hubiera tenido dos colas, le hubiera dado las dos. Lo amaba. Su miedo no era que le doliera, ni siquiera temía que él le perdiera el respeto. En realidad no le tenía miedo a nada. Su deseo la sobrepasaba, de la misma forma en que sus pensamientos se adelantaban a sus palabras; eso era todo. No, hay más: no veía la hora de que José María le pidiera hacer el amor por atrás.

Se habían conocido en la cola del supermercado Disco. José María era obrero de la construcción. Rosa era mucama en la mansión de los Blinder. Él había salido de la obra en la que trabajaba (todavía un esqueleto de edificio a dos cuadras de la mansión) para comprar la carne y el pan para el asado del mediodía y había quedado mal ubicado en la cola, precisamente detrás de Rosa, que había hecho una compra grande: el changuito rebalsaba. José María calculó que la chica tenía por lo menos para media hora de caja. Echó un vistazo a las cajas vecinas, pero allí las colas eran demasiado largas y se le escapó un chistido de malhumor. Rosa lo oyó; miró el canasto rojo que José María sostenía en una mano (había una bolsa de pan y otra con las tiras de asado) y le dijo:

—¿Quiere pasar primero usted?

A José María el ofrecimiento lo descolocó. Alzó las cejas, y con la cabeza hizo un movimiento muy breve que era a la vez una negativa y una afirmación.

—No, está bien, no hay problema...

No estaba habituado a ninguna clase de amabilidad. Así que, mientras Rosa empezaba a sacar los productos del

changuito, entendió que el ofrecimiento había sido más bien una respuesta al chistido de impaciencia que él mismo había hecho un minuto antes, al ver la gran cantidad de cosas que había comprado ella y calcular el tiempo que le llevaría pasar todo por la caja.

—No quise decir... —dijo.

Rosa se dio vuelta y lo miró. Lo miró seria, callada.

—Que no quise... —repitió José María.

A veces le daba mucho trabajo hacerse entender.

Rosa volvió a inclinarse sobre el changuito y siguió descargando productos.

—Igual gracias —insistió José María.

—De nada.

La cajera se sonrió y bajó la vista hacia el envase de leche que tenía en la mano y tecleó los números del código de barras pensando que entre ese tipo y esa chica había algo, o que lo iba a haber. Y no se equivocaba.

Cuando Rosa terminó con lo suyo (lo dejó todo para un envío a domicilio) y salió del supermercado, no se fue enseguida: cruzó la calle y se quedó en el campo de visión de José María, fingiendo que miraba una vidriera. José María salió un minuto después, con la bolsa de compras enganchada a un dedo. Cruzó la calle directamente hacia ella.

—¿Te molesto? —le preguntó.

Rosa lo había visto venir reflejado en el vidrio, pero fingió sorpresa y hasta un cierto sobresalto. Dejó escapar incluso:

—¡Ay...! —y se llevó una mano al corazón—. ¡Qué susto que me di!

—Perdoná.

—No es nada...

—¿Sos de por acá?

—De ahí —dijo Rosa, señalando la mansión de la esquina con un dedo.

—Qué casita, ¿eh? —comentó José María—. Yo estoy laburando en la otra esquina, acá a la vuelta...

—¿Ah, sí?

—Sí. Vengo siempre a comprar acá.

—¿Y en qué rubro estás?

—Construcción.

—Ah, mirá vos qué bien...

—Sí, se está moviendo bastante ahora.

—¿Qué?

—La construcción. El año pasado no había nada. Ahora se está moviendo un poco más. ¿Y vos?

—Yo mucama. Todo tranquilo.

José María se sonrió como si de pronto hubiera recordado algo y le extendió una mano.

—José María —dijo.

—Rosa —dijo ella, dándole la mano.

—Encantado.

—Igualmente.

—Así que Rosa...

—Sí...

—¿Y vos también venís a comprar siempre acá?

—Es lo único que hay...

—Pero qué nutridito que está. Hasta discos tienen. Recién vi el de Shakira en oferta... ¿Te gusta Shakira?

—Sí. Tiene una voz....

—¿Qué música te gusta?

—Bueno... Cristian Castro... Iglesias...

—¿Padre o hijo?

—Hijo, toda la vida. La señora escucha al padre cuando está sola. Cuando hay gente, no, cuando hay gente pone esa

música clásica que... —agregó riéndose—: La gente le dice «Sacá eso, Rita», pero ella igual... ¡No sé para qué la pone si ni a ella le gusta!

—¿No le gusta y la pone? Qué rara que es la gente... Así que Enrique Iglesias. ¿Enrique se llama, no?

—Enrique, sí. Pero Cristian Castro me gusta más, me llega más...

—¿Y de cumbia no te gusta nada?

—Antes. Ahora un poco me cansó.

—A mí también. Y eso que me crié con cumbia yo. Mi vieja me decía que cuando me tenía en la panza se ponía la radio en el ombligo con cumbia, calculá lo que te digo. Pero tenés razón: a la larga cansa.

—Ahí no estoy muy de acuerdo. A mí no me gusta porque no me gustó nunca. Pero tengo gente que le gusta y le va a gustar siempre...

—¡Pero si hace un ratito me dijiste que antes te gustaba...!

—No, la verdad que nunca me gustó. Lo que pasa es que no te quise ofender, porque me pareció que vos...

—Sí, tenés razón, yo soy cumbiero de alma, para qué te voy a mentir.

—¿Qué increíble, no? Recién nos conocemos y ya nos mentimos...

—Bueno, tampoco es mentir —dijo José María, restándole importancia al asunto—; es un tema de conversación como cualquier otro. Uno va tanteando y por respeto...

—Prudencia. Está muy bien eso.

—Está perfecto.

—Así tiene que ser. A mí la prudencia me parece... A mí cuando alguien te dice la verdad de golpe...

—Pero vos tenés cara de ser sincera...

—Gracias.

—¡No, no, te digo en serio! Yo te miro y me doy cuenta que sos sincera. ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Rosa.

—Lindo nombre Rosa.

—Gracias. Bueno...

—¿Te vas?

La charla siguió en esos términos durante unos cuantos minutos más, porque se habían flechado y ninguno de los dos tenía ganas de irse. No se habían movido un solo milímetro del lugar en el que estaban, parecían clavados al suelo; a pesar de que avanzaban y retrocedían permanentemente, lo hacían siempre desde y hacia el mismo punto, apoyados en movimientos de cintura, como si el impacto del flechazo les hubiera hecho perder el equilibrio.

El portero del edificio de al lado los miraba de reojo, estudiándolos. A ella la había visto un millón de veces, siempre sola, pero esta era la primera vez que lo veía a él, y no le gustó la forma en que le hablaba. De pie en la puerta de entrada al edificio, el portero hacía un gran esfuerzo por oír la conversación; escuchaba pedacitos de cosas, frases sueltas, tales como «¿A quién votaste?», «Ah, no, el voto es secreto», y sentía que le subía por la garganta una oleada de indignación: era evidente que el desconocido seducía «adrede» a la mucama de los Blinder.

En el barrio carecían de código, pero todo hacía pensar que tenían uno. No lo había, pero funcionaba igual. Era un código instintivo, que estaba más allá de lo evidente (la calidad de la ropa, el color de la piel y del pelo, la dicción, la manera de andar) y que, por supuesto, incluía al personal doméstico. En líneas generales, lo que se hacía era «marcar» a los cuerpos extraños, principalmente con la vista, transmitiéndoles la sensación de ser vigilados: una insolencia muy

efectiva, avalada y practicada por todo el barrio, incluido un buen número de mascotas. De hecho, el portero dejó muy pronto de observarlos de reojo para empezar a mirarlos abiertamente, e incluso dio un paso hacia ellos para oír mejor lo que decían.

No oyó mucho: en ese momento José María y Rosa se despidieron. Lo único que alcanzó a oír claramente fue la promesa que se hicieron de verse otra vez. Rosa dio una rápida carrerita hacia la mansión. José María la miró un momento y después dio media vuelta y se dirigió hacia la obra.

Pasó al lado del portero silbando y haciendo balancear la bolsa con el asado. El portero, más desafiante que nunca ahora que se le iba, dio un paso adelante haciéndose el distraído, como si quisiera ver algo en el cordón de la vereda, y se puso en el trayecto de José María. Fue todo tan rápido como premeditado: quería forzar a José María a pasarle por detrás, para que él pudiera entonces dar un giro sobre los talones y seguirlo con la vista: un insulto. Lo que escapó al cálculo del portero (un flaco obeso, de hombros enjutos, muy poco observador) fue que el desconocido iba a sentirse efectivamente insultado.

—¿Qué mirás, pedazo de boludo? —le dijo José María, sin detenerse.

El portero quedó mudo, paralizado. Cuando por fin consiguió reaccionar, José María ya estaba en la esquina. «Mi Dios, qué ágil que es», pensó, «Me juego la cabeza a que este tipo es capaz de saltar de una vereda a la otra sin tocar la calle».

Unas horas después, a la tarde, lo vio de nuevo. Eran las seis y media, para ser exactos. El portero ya se había lavado y cambiado y estaba de nuevo en la puerta de su edificio haciendo como todos los días un esfuerzo enorme por parecer

aburrido. José María había terminado su jornada; él también se había lavado y cambiado de ropa, y ahora caminaba hacia la mansión de los Blinder.

Era la primera vez que pasaba por ahí al término del día; en general seguía por la calle de la obra hacia el Bajo, donde tomaba el colectivo hasta su casa, en Capilla del Señor. Con solo pensar que tenía dos horas de viaje le daba sueño. Pasó al lado del portero cabeceando.

—Che, vos —le dijo el portero.

José María se detuvo. Lo miró. No lo miró de arriba abajo, lo miró directamente a los ojos y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—¿Yo te hice algo a vos?

—¿Por?

—Esta mañana me dijiste «boludo»...

—Perdoná. Lo que pasa es que estaba charlando acá al lado con una señorita y vos estabas meta relojea y... qué sé yo, viste cómo son las cosas. ¿Nos conocemos nosotros?

—No creo.

—Por eso te digo. Queda feo andar mirando así a la gente. Y encima después te hiciste el distraído y te me pusiste en el paso. Por eso te dije boludo.

—A mí no me gustó.

—Y bueno, qué querés que le haga.

—Que me pidas disculpas por lo menos...

José María estaba cansado, no tenía ganas de discutir, así que soltó una risita y siguió de largo. El portero se paró en mitad de la vereda y, mientras lo miraba alejarse, pensó mil veces decirle que volviera, incluso ensayó mentalmente varios tonos de voz, pero no consiguió ni decir otra vez «che». Frustrado y rabioso, se metió en su casa. Dio un portazo tan fuerte que a su esposa se le cayó el salero en la olla.

—¡La puta madre que los parió con estos negros de mierda...! —dijo mientras discaba un número al teléfono—. Holá, ¿Israel? —oyó Israel que le decía alguien al otro lado de la línea—. Soy yo, Gustavo —dijo el portero—. ¿Estás ocupado?

Israel puso los ojos en blanco:

—Qué puntería que tenés, Gustavo —dijo—: estaba comiendo...

—Te llamo en otro momento, entonces...

—No, decime, qué pasa...

En tanto, José María se había parado en la esquina de la avenida Alvear y Rodríguez Peña a mirar la mansión. Las ventanas estaban a oscuras, excepto las de la cocina, en la planta baja, y una más en el primer piso. La casa era imponente: grisácea, chorreada de musgo, con faltantes de reboque allá y aquí y como aureolada de humo, pero no había que ser muy culto para advertir la pátina esplendorosa que la envolvía; sin ir más lejos, la escalera de mármol blanco de la entrada principal se derramaba sobre el jardín con tal plasticidad que daba la impresión de haber sido hecha con una manga de repostería. «Qué belleza», pensó. Se rascó una axila y empezó a decir en voz muy baja «Rosa... Rosita...», despegando apenas los labios. Era un llamado... Nunca había hecho una cosa así. Debía de estar enamorándose. Pero el corazón le latía igual que siempre, al mismo ritmo y con la misma intensidad. Entonces se levantó uno de esos vientos tubulares que tocan las cosas una por una: el viento alzó del suelo una hoja de diario para abandonarla unos metros más allá, sacudió la copa de un árbol, hizo vibrar un cartel y desapareció a lo lejos. La gente apuró el paso. José María levantó la vista al cielo; había grandes zonas de un azul oscuro cargado de estrellas, pero la tormenta

estaba allí, encapsulada en una docena de nubes, todas listas para estallar.

Al otro día no había caído una sola gota y el cielo brillaba como un espejo. De José María se burlaron cuando apareció en la obra con paraguas. «Lo que pasa es que yo me levanto a las cinco y vos te levantaste hace diez minutos», le dijo al capataz, un hombre robusto y fuerte con un bigote daliniano, que fue el que llevó la voz cantante en las cargadas. A esa hora (siete de la mañana) nadie tenía una pizca de humor, así que solían cebarse en pequeñeces, en chistecitos baratos y vulgaridades. El capataz no recibió bien el comentario de José María, pero lo dejó pasar, porque algo era cierto: no podía ser él quien justo provocara una pelea, cuando era tan fácil echarlo sin discutir. Se limitó a agarrar a José María de un brazo y a apartarlo un poco de los demás, lo suficiente para hablar sin ser oído.

—Escuchame, tontito, te hice un chiste, no te lo tomés así porque yo también tengo mi carácter —le dijo.

—Ah, mirá vos, no sabía.

—¿No sabías qué?

—Nada, dejá. Si tenés carácter, mejor lo dejamos ahí.

—¿Me estás desafiando? ¿No te das cuenta de que te puedo echar ahora mismo, si quiero?

José María asintió en silencio con la cabeza, sin quitarle ni un segundo la vista de encima. El capataz, por su parte, le sostuvo la mirada sin soltarle el brazo. Es más: la presión de su mano sobre el brazo de José María aumentó mientras se

miraban, sincronizada con la inminencia de una respuesta física por parte de José María.

El capataz estaba seguro de que el muchacho lo iba a atacar de un momento a otro; lo imaginó agarrándose con las manos de la viga debajo de la que estaban parados y ahorcándolo con las piernas. Lo había visto hacer exactamente eso un par de semanas atrás, bromeando con un compañero, y se había quedado impactado con su agilidad. Pero José María escupió a un costado y dijo:

—Vamos a trabajar que se va el día...

Recién entonces el capataz lo soltó.

José María fue a cambiarse. El clima quedó pesado y eso se notaba en la actitud de los que habían seguido la escena de cerca, e incluso en los que acababan de llegar; entraban a la obra y ya sabían que algo andaba mal. Nadie decía nada; se movían despacio, mirando al suelo, parpadeando menos de lo habitual.

—Mirá vos lo que puede hacer un paraguas —comentó uno en voz baja.

—No, qué paraguas; fue el chiste —le contestó el otro—. Hay que saber a quién cargás. Este María sin paraguas es peligroso igual.

Todo el mundo lo llamaba así, María. Era algo que se daba naturalmente y que a José María parecía no importarle. No le importaba, de hecho. Rosa empezó a decirle María. No había oído nunca a nadie llamado así y de pronto le dijo «María». Había algo en la delgadez fibrosa de su cuerpo que, combinado con el largo de las pestañas, eliminaba casi automáticamente la posibilidad de ser llamado José. Así como bastaba verlo para saber que su agilidad era la de un superdotado, y estar en lo cierto, su peligrosidad hacía que la gente lo llamara «María» con cuidado, bajando la voz,

como si a pesar de su aceptación a ser llamado así temieran ofenderlo igual.

Al capataz, que era un hombre sanguíneo, se le heló la sangre cuando María le sostuvo la mirada, pero ahora que todo había pasado, la sangre le bullía. Esos cambios tan bruscos de temperatura le habían impedido advertir la peligrosidad de María. Lo mismo le había ocurrido al portero. Si hubieran prestado un poco más de atención, o si hubieran sido un poco más perceptivos, no se habrían metido con él. María no les había hecho nada; ellos lo habían buscado. Seguramente una zona de previsión de alguna ley natural se activa para que la araña, aun sin hambre, atraiga a sus mosquitas, pero no sería justo contar entre ellas a Rosa.

Lo que pasaba inadvertido para el capataz y el portero, a Rosa, por el contrario, la enceguecía; era una chica servil y sin carácter y estaba llena de ilusiones que no terminaban de arrancar; la peligrosidad de María, que Rosa había resuelto en términos de «carácter» (se decía «va al frente», «es desafiante»), era el complemento ideal, la pieza que faltaba en su sistema. Le encantaba estar con él. Se sentía protegida. Tenía la impresión de que juntos podían comerse el mundo. Estaba tan lejos de la realidad que no veía la hora de estar con él.

María pasaba a verla cada día a las seis y media de la tarde, cuando terminaba su jornada de trabajo. Se encontraban en la entrada de servicio de la mansión y entre un beso y otro hacían planes de una nimiedad asombrosa, pero fundamentales para ellos, tales como verse al día siguiente en el Disco o pasar juntos la noche del sábado en el hotelito del Bajo.

Rosa y María hacían el amor todos los sábados, y a veces también los domingos. Podrían haberlo hecho todos los días, si hubiera sido por ellos, porque Rosa tenía la libertad de salir cuando quisiera, pero la verdad es que no les daba el

presupuesto. Ganaban los dos lo mismo: 700 pesos mensuales. Las dos horas de hotel costaban 25 pesos, es decir que gastaban 100 pesos por mes en hacer el amor solamente los sábados, y 200 si lo hacían también los domingos. Pagaban a medias (una vez él y una vez ella), pero los gastos mensuales de Rosa eran mucho menores que los de María, ya que él tenía que viajar cada día hasta su casa en Capilla del Señor, ida y vuelta, lo que representaba una suma mensual de 260 pesos. Entre sexo y viajes gastaba unos 310 pesos. Si se tratara solamente de eso, podría haber vivido cómodamente con los 390 pesos restantes, pero era también una persona y debía comer y fumar, y (en las pocas ocasiones en las que además de persona intentaba ser caballero) pagar la cerveza o el café en las salidas al centro, con lo cual prácticamente no tenía otra alternativa que hacer el amor nada más que los sábados.

Rosa lo lamentaba, pero es cierto que ella no vivía en el mismo aprieto económico que María. Rosa incluso podía ahorrar. Tenía comida y un techo asegurados y no debía viajar a ninguna parte. Ni siquiera se compraba ropa (María tampoco, en realidad). De revistas, ni hablar; el señor Blinder, su patrón, estaba suscripto a la *Selecciones del Reader's Digest*, que llegaba puntualmente por correo y que ella abría y leía incluso antes que él.

Para María, ganar lo mismo que Rosa era un hecho perturbador, porque consideraba que hacía un esfuerzo mucho mayor al que hacía ella. Esto era cierto en cuanto a empleo de fuerza física, pero no a ocupación del tiempo. En ese sentido Rosa trabajaba el doble. Pero el tiempo no contaba en la mentalidad puramente muscular de María, que no tenía plata ni para cortarse el pelo. De hecho, usaba el pelo muy corto sobre las orejas y bastante más largo sobre la nuca, y

no porque ese corte estuviera de moda, sino porque podía cortárselo él mismo frente al espejo.

A medida que avanzaba el noviazgo con Rosa, su «actitud» le granjeó una larga serie de enemigos en el barrio, algunos inconsistentes y ocasionales, pero otros muy bien consolidados. Por empezar, el portero, a quien se había sumado Israel, el hijo del presidente del consorcio. Israel era un *rugbier* de veintisiete años de edad, una mole con ojos y boca como ranuras y la cabeza hundida entre los hombros. Nunca había jugado al rugby, ni siquiera conocía las reglas del juego, pero andaba siempre vestido con camisetas de todos los equipos de rugby del mundo; transpiraba mucho, además, y con muy feo olor, así que vivía empapado en carísimos perfumes que, al entrar en combustión con la química de su olor personal, producían una fragancia única apenas tolerable, ante la que a mucha gente se le cerraban los bronquios.

Andaba siempre vestido de jean y mocasines de gamuza y —vale la pena decirlo ya— era nazi. El portero lo había llamado para contarle su encontronazo con María porque sabía que Israel odiaba a los extranjeros, y más si eran pobres, y más todavía si se hacían los vivos en el barrio; se lo había dicho él mismo en más de una oportunidad: «Dejá que agarre a uno y vas a ver». Era su frase predilecta, con esa amenaza le gustaba cerrar todas las conversaciones. Muy bien, ahora tenía la oportunidad de entrar en acción. Parado en la puerta del edificio en compañía del portero, esperó a que pasara María. Israel se sonaba las articulaciones de los dedos, de las muñecas, de los tobillos, del cuello, mientras el portero fumaba un cigarrillo detrás de otro.

María pasó a las seis y media en punto, como la tarde anterior. El portero lo vio venir y codeó a Israel, señalándolo con el mentón.

—Es ese.

—Retrocedé —le pidió Israel en voz baja.

El portero dio un paso atrás.

De nuevo había tormenta. María, indiferente a la posibilidad de empaparse, venía silbando una melodía informe y habilidosa, una música de pájaro; llevaba el bolso con su ropa de trabajo colgando sobre la espalda. Cuando estuvo a punto de pasar al lado de los dos hombres, uno de ellos, Israel, le cortó el paso groseramente, poniéndosele adelante.

—¿Adónde vas? —le dijo.

—¿Por?

—¿Cómo «por»? Porque te lo pregunto yo, negro judío hijo de puta.

María miró al portero, que se limpiaba las uñas con una llave, y entendió por dónde venía el asunto. Entonces hizo algo insólito: se quitó el bolso del hombro y echó a correr hacia la esquina. Corrió tan ágilmente y a tal velocidad que Israel no había terminado de girar y él ya había desaparecido.

—¿Viste eso? —le dijo Israel al portero.

—Te dije que era rápido...

—Qué gallina negra judía hija de puta. Estos bolitas son todos iguales...

—Me parece que bolita no es. Es alto.

—Chileno.

—Capaz que peruano...

—Los peruanos también son unos negros judíos hijos de puta enanos. Pero este es chileno. Si no es bolita, es chileno. Mejor. Ya lo voy a agarrar. ¡Le voy a hacer comer las Malvinas al chileno negro judío hijo de puta! —dijo, y se persignó, besándose ruidosamente el pulgar. Ya que estaba, empezó a morderse la uña.

No lo podía creer. El portero tampoco. Estaban atónitos los dos, nunca habían visto algo así. Era el campeón de la cobardía del mundo. Entre la agilidad y la cobardía de María, Israel y el portero no sabían con qué sorprenderse más.

Fue entonces cuando María apareció de nuevo. Lo vio primero Israel, doblando la esquina en dirección a ellos. Ahora venía en compañía de Rosa.

—¿Es aquél que viene ahí o yo veo mal? —preguntó Israel.

—¡Qué cobarde hijo de puta! —exclamó el portero—. ¡Mirá que hay que tener bolas para venir de nuevo... y encima con la chica a cuestas!

—Retrocedé.

—Mejor lo dejamos para mañana, Israel... La chica se va a poner a gritar, va a hacer un escándalo... A mí me van a echar...

—A vos nadie te va a echar. Mi viejo es presidente del Consorcio. Retrocedé que yo me encargo...

—¿Te jode si me voy para adentro?

Israel no contestó; tenía la vista fija en María, que ya estaba a veinte metros. El portero esperó un momento (quería quedarse, quería ver cómo lo destrozaba), pero al final optó por cuidar su puesto de trabajo y entró al edificio.

Israel se paró en mitad de la vereda.

Rosa se dio cuenta de que algo pasaba y se inquietó. No dijo nada, pero María sintió que ella le apretaba el brazo.

—Tranquila —le dijo—, es un boludo que no tiene nada que hacer. Vos seguí caminando como si nada.

Israel les cortó el paso.

—Ay... —dijo Rosa en un susurro. Estaba más extrañada que asustada.

Israel le habló primero a ella:

—Vos sos la sirvienta de los Blinder, ¿no?

Rosa asintió.

Israel desvió la vista hacia María para decirle algo a él, cuando de pronto sintió que un puño le enterraba la nariz entre los ojos. Retrocedió y se llevó una mano a la cara. La mano se le llenó de sangre. María dio un salto adelante y le descargó un cabezazo en la frente y un nuevo puñetazo, esta vez en el estómago. Israel soltó un gruñido, las piernas se le doblaron, se bamboleó a un lado y a otro, y finalmente alcanzó a estirar un brazo y apoyarse en la pared. María y Rosa siguieron caminando.

—Vamos, mi amor.

Israel cayó sentado en el umbral del edificio. En la pared quedó la huella de sangre de una mano.

El portero, que lo había visto todo, salió del edificio con los ojos abiertos como fuentes.

—¡Policía... policía...! —empezó a gritar.

Pero Israel lo agarró de una pierna con la última línea de energía que le quedaba y le dijo, con su orgullo intacto:

—No levantés la perdiz, boludo, ¿no ves cómo estoy? Ayúdame a entrar...

El portero lo agarró de un brazo, lo sujetó hasta que Israel consiguió ponerse de pie, lo metió en el edificio y cerró la puerta.

En los días siguientes, cada vez que Rosa salía de la mansión para ir al Disco, se cruzaba a la vereda de enfrente, evitando pasar por el edificio, por temor a encontrarse cara a cara con el portero y con Israel. A Israel no volvió a verlo, pero se cruzó varias veces con el portero, que la seguía con la vista como diciendo «Ya te voy a agarrar». Se lo comentó a María.

—No te preocupes, no es por vos, es por mí.

Siempre, al ir o al regresar del Disco, Rosa se desviaba un poco del camino y se daba una vuelta por la obra para

ver un minuto a María; entonces el ruido de las máquinas, los golpes de maza, el frotar de las cucharas en los baldes, todo se ralentaba, sin cesar, como si la cinta de la realidad patinara. Rosa no era bonita, pero brillaba con la luz de un millón de buenas intenciones, una luz que hacía resaltar sus virtudes físicas. Su amor por María era tan evidente que, al irse de la obra, las máquinas, las mazas y las cucharas retornaban a su ritmo normal con un exceso de aplicación, casi con rabia. Por un instante el ruido se volvía ensordecedor.

Sobre el fin del invierno el señor y la señora Blinder se fueron de vacaciones a Costa Rica. Rosa quedó sola en la casa. La partida de los Blinder significó el fin (provisorio) de la influencia de la economía sobre el sexo: a partir de ese momento Rosa hizo pasar a María a la cocina para hacer el amor. Ahora hacían el amor todos los días, no solamente los sábados. Y lo hacían dos veces, a la mañana y a la tarde. Por otra parte, Rosa le preparaba una vianda, que María pasaba a buscar muy temprano por la mansión; en general, milanesas con papas, papas fritas, papas a la crema, papas al horno. Comían mucha milanesa y mucha papa. A la tarde ella lo esperaba con milanesas y una botella de vino. Comían juntos y María se iba de la mansión ya entrada la noche.

La prohibición de permitir el ingreso de extraños a la casa era absoluta. Rosa lo sabía, por supuesto (se lo habían dicho dos veces, las dos veces mirándola fijo), pero estaba tan enamorada de María que dejarlo entrar a la cocina le pareció una violación menor. De todos modos, se cuidaba: montaba un verdadero operativo de disimulo frente a los vecinos; a veces se entretenía conversando con María en la reja de la entrada de servicio un buen rato antes de hacerlo pasar, cuando estaba segura de que nadie los había visto; a veces salía a recibirlo con un rastrillo en la mano, como si María fuera el

jardinero... Una vez adentro, comían, hacían el amor (siempre en la cocina) y miraban televisión en un pequeño aparato que Rosa traía de su cuarto y ponía sobre la mesada.

La primera vez que María entró a la mansión se sorprendió con las dimensiones del lugar.

—¿Todo esto es la cocina? —dijo—. ¡Es más grande que mi casa...!

La segunda vez que entró quiso meter las narices más allá, pero Rosa se lo impidió con una súplica sin sentido («No me comprometas») y él no insistió. Dejó pasar tres o cuatro días. Entonces Rosa accedió a llevarlo a su dormitorio.

Él la siguió por un pasillo en penumbras hasta un pequeño dormitorio mal ventilado, con una cama destendida y un velador sin pantalla en la mesita de luz. María estaba atónito; no podía creer que la mansión fuera tan estrecha y oscura. Mientras hacían el amor, Rosa le explicó, tratando de cerrar el tema lo más rápido posible, que esa era el ala de servicio y que ni siquiera la había visto toda; el resto de la mansión era muy distinto. Después le pidió que la esperara un momento y fue al baño. Cuando volvió María no estaba en el cuarto. Rosa salió al pasillo y lo llamó en voz baja, como si los Blinder pudieran oírlo.

Avanzó hasta el final del pasillo. Después volvió sobre sus pasos y corrió hasta la cocina. María tampoco estaba allí. Rosa se asustó; estaba agitada, como si ya hubiera corrido lo que iba a correr a partir de entonces. En efecto, fue y vino de un lado a otro buscándolo desesperada, hasta que llegó al corredor que daba al living —una sala espaciosa, con todas las ventanas cerradas—, donde por fin oyó que María la llamaba. Él la llamaba a ella.

—Rosa...

—Sí, soy yo. ¿Dónde estás?

—¿Rosa? —decía María en susurros desde alguna parte.

—¡Acá estoy, María! ¡Salí, por favor, no juegues...!

—¿Dónde estás, Rosa?

—¡Acá! ¿Y vos?

Rosa oyó el ruido de algo que acababa de caer y romperse.

—¿Dónde estás, María?

—No sé, Rosa, estoy perdido... Te escucho pero no te veo...

Lo encontró en la biblioteca. Rosa encendió la luz. María estaba parado junto al escritorio, con una mano apoyada en el respaldo del sillón preferido del señor Blinder. En la oscuridad se había llevado por delante una lámpara de pie; la lámpara había caído sobre una banqueta y la bombita de luz y la pantalla se habían roto. La alfombra estaba llena de vidrios, como si la lámpara se hubiera multiplicado al romperse.

Rosa lo fusiló con la mirada. Después, como no quería dejarlo solo de nuevo para ir a la cocina a buscar una pala y una escoba, agarró de encima del escritorio el catálogo de una muestra de pintura y lo usó para barrer y recoger los vidrios.

—Fui a echar un vistazo y se me complicó... —le decía María—. Bajé la escalera, agarré para allá y... es un laberinto esta casa.

—Te dije que te quedaras en la pieza.

—No te enojés... —dijo María levantando la lámpara del suelo.

—No me enojo. Pero mirá si te veía alguien...

—¿Y quién me va a ver, si no hay nadie?

Rosa no dijo nada más. Se levantó y, seguida de cerca por María, fue a la cocina a tirar los vidrios a la basura. Era una lástima: se les había hecho tarde —habían desperdiciado el

tiempo— y Rosa estaba de malhumor. La señora Blinder la reprendería por haber roto la pantalla, quizá incluso se la descontaría del sueldo. María se deshizo en disculpas, estirando a cada rato una mano hacia la mejilla de Rosa, pero ella se lo sacó siempre de encima como a una mosca. Finalmente María agarró del tacho de basura un pedazo de la pantalla rota diciéndole que mañana le iba a comprar una igual. Rosa hizo un chasquido con la lengua y entreabrió la puerta de la cocina para acompañarlo hasta la vereda. María frenó la puerta con un pie y Rosa se dejó besar. Después fue hasta la puerta de calle. Miró a un lado y al otro y, cuando se convenció de que no había nadie a la vista, le hizo una seña a María para que saliera. En la puerta de calle él la besó otra vez.

—Paso mañana... —le dijo—. Y perdoná de nuevo. Chau, linda.

—Hola, linda —fue lo primero que le dijo al otro día.

Hacía tanto frío que, cuando Rosa lo abrazó, él sintió sus manos tibias a través del pulóver. No traía la pantalla.

—Estaba escuchando recién en la radio que hubo un tornado impresionante en Costa Rica —dijo ella—, pero no sé bien si decía en Costa Rica o en Puerto Rico...

—En Estados Unidos hay muchos tornados...

—Pero no decía en Estados Unidos, decía en Costa Rica, o en Puerto Rico, eso ya no sé. Volaban los techos de las casas, parece. Dicen que las lanchas iban de acá para allá por el aire como patos...

—¿Te imaginás que te agarre una lancha de esas en la cabeza?

—No me quiero ni imaginar... ¡Qué frío que hace!

—Tremendo. Yo igual ni lo siento.

—Te preparé esto —dijo Rosa alcanzándole el *tupper* de todas las mañanas—. Son dos patas de pollo, y te puse unas papas a la crema también...

—Gracias, mi amor. Bueno, me voy yendo, ya son más de las ocho...

—¿Llegaste bien anoche?

—Perfecto. ¿Y vos?

—Yo me dormí enseguida.

—¿No miraste la tele?

—Sí, pero no había nada. La apagué y ni había apoyado la cabeza en la almohada que ya me había dormido. A las papas les puse un poco de pimienta...

—Con lo ricas que te salen...

—Bueno, andá, no llegues tarde.

—Te veo después.

María le dio un beso, le guiñó un ojo y empezó a caminar hacia la obra.

Hasta ahí era un día totalmente normal. Los problemas empezaron apenas María llegó a la obra. Se cruzó con Israel y el portero, que salían de hablar con el capataz. Israel y el portero pasaron a su lado sin mirarlo y se fueron apurando el paso.

—María —lo llamó el capataz—, vení un segundo que te quiero hablar.

El capataz se apartó de los demás, para hablar a solas con María. Apoyó un pie en el suelo y encajó una nalga en el borde de un piletón. María ya estaba a su lado, pero el capataz se tomó un tiempito para sacar el paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa, se llevó uno a los labios, se palpó los bolsillos del pantalón y de la campera en busca de los fósforos, y al final dijo:

—¿Tenés fuego?

—No fumo.

—¡Ricciardi! —llamó.

Ricciardi pasaba por ahí cargando una bolsa de cemento.

—Dame fuego.

Ricciardi se acercó, todavía con la bolsa al hombro. Por señas, le indicó que tenía fuego en el bolsillo de atrás del pantalón; la bolsa pesaba tanto que no podía abrir la boca.

El capataz le palpó el bolsillo con cierta aprehensión, pero no encontró lo que buscaba, así que Ricciardi giró ofreciéndole el otro bolsillo. El capataz repitió la operación sin encontrar los fósforos.

—Mirá que te gusta que te metan mano, ¿eh? —comentó.

Ricciardi esbozó una sonrisa con la mandíbula apretada y se puso de frente para que el capataz probara suerte en los bolsillos delanteros. Al final, el capataz palpó una cajita.

—Ahí está —dijo.

Pero antes de meter la mano en el bolsillo de Ricciardi lo miró. Se miraron los dos, en silencio, durante medio segundo como mucho, porque esa era una zona del cuerpo de Ricciardi delicada para meter la mano. Después, por fin, el capataz introdujo cuidadosamente la punta de los dedos y sacó una cajita de preservativos, que volvió a empujar hacia adentro enseguida.

—Pero la puta que te parió, Ricciardi. ¿Tenés fuego o no tenés fuego?

Ricciardi hizo un gesto extraño, un gesto que hubiera sido el de un encogimiento de hombros, de no ser por la bolsa que llevaba encima. El capataz le dijo que se fuera y Ricciardi se alejó de inmediato haciendo eses, cada vez más encorvado. El capataz quedó otra vez a solas con María.

—Vinieron a verme unos señores. Dicen que andás haciendo lío en el barrio... —le dijo.

María lo miraba en silencio.

El capataz continuó:

—Dicen que a uno le dijiste boludo y que al otro le puse una mano en la trucha. ¿Es verdad todo eso, María?

—Sí —respondió María tranquilamente.

—¿Y me lo decís así?

—¿Y cómo quiere que se lo diga?

—No sé, decime vos.

—Sí. Le digo que sí. Uno es un boludo y al otro le puse una mano.

—¿Y por qué los provocaste?

—¿Yo? Yo no provoqué a nadie. Ellos me buscaron a mí.

—Y te encontraron —dijo irónicamente el capataz.

—Sí.

El capataz lo miró, mordisqueando el cigarrillo apagado.

—Dejate de joder, María. ¿Vas a decir que yo también te busqué? Porque yo buscarte a vos no te busqué, y el otro día sin embargo casi me tengo que ir a las manos... con vos, basurita. Vamos, no me vengas con pavadas a mí que...

—¿Cómo me dijo?

—¿Cómo te dije qué?

—¿Cómo me dijo recién?

—¿Cuándo?

—Recién.

—¿Qué te dije?

—Eso es lo que le pregunto yo. ¿Por qué no me lo dice de nuevo?

—¿Y qué te dije, a ver?

—Decilo vos.

—A mí no me tuteás. Decime qué te dije pero de usted.

¿Está claro?

—¿Me dijo «basurita»?

—No me acuerdo. Puede ser. No me acuerdo, pero puede ser tranquilamente. ¿Quién carajo te creés que sos vos para andar insultando a la gente? ¿Dónde te pensás que naciste? ¿Qué te pensás que me pasa a mí que soy el capataz acá cuando empiezan a venir los vecinos a decirme que andás haciendo quilombo en el barrio? ¿Y querés que te diga más? Sí, te dije «basurita». ¿Por qué, hay algún problema?

—No...

—¿Ah, no tenés problema?

—No.

—¿Qué, sos puto?

—Sí.

—Mirá vos.

—¿Por qué, me la querés poner?

—Te dije que a mí no me tuteás. Además llegaste tarde, son las ocho y diez. Estás despedido. Por hacer quilombo en el barrio, por llegar tarde, por tutearme y por puto. Agarrá tus cosas y mandate mudar ya mismo de acá.

María agarró sus cosas y se fue.

Ese día llegó a la mansión media hora después que de costumbre. Rosa lo hizo pasar a la cocina: las milanesas ya estaban servidas, recién sacaditas del horno. Había una fuente con una montaña de papas fritas sobre una servilleta de papel y una botella de vino blanco. María colgó el bolso en el respaldo de la silla y se sentó a la mesa.

—Las hice al horno —dijo Rosa, poniendo una milanesa en su plato—. Es la primera vez que las hago así. Para mí, porque la señora me las pide al horno siempre. Para mí nunca las había hecho. ¡A ver qué te parecen! ¿Cómo te fue hoy?

—Bien —dijo María.

Cortó una punta de milanesa y se la llevó a la boca.

—Está buena... —dijo masticando—. ¿No prendés la tele?

—¡Ay, sí, uy, me había olvidado! ¿Qué hora es? A las siete en el programa de Chiche Gelblung va a estar ese enanito que mide treinta centímetros. ¿Te das cuenta de cuál te digo?

—No.

Rosa había encendido el televisor y pasaba los canales con el control remoto en busca de Canal 9.

—Lo vi el otro día en *Hola Susana* y parece que hoy va a estar acá. No me lo quiero perder. Mide treinta centímetros, es una cosa de... Ahí está. Bueno, no, este es Chiche... A ver si dice algo.

Rosa se sentó frente a María y comió la mitad de su milanesa en silencio, sin quitar la vista de la pantalla. Chiche Gelblung se refregó mentalmente las manos y pidió a los que estaban mirándolo que no se movieran de allí porque muy pronto iban a ver al hombre más pequeño del mundo. Y hubo un corte comercial. Rosa sirvió unas papas fritas a María y otras para ella.

—Pobrecito... —comentó—, tendrías que haberlo visto... A Susana no le llegaba ni a las rodillas... ¿Te pasa algo?

—No. ¿Por?

—Estás callado...

—Recién llego.

—Sí, ya sé que recién llegás, pero podrías decir algo, ¿no?

—Todo bien.

María se sirvió un vaso de vino y lo bebió de un trago. Después volvió a llenar su vaso y también el de Rosa. Estaba muerto de sed. Mientras se bebía el segundo vaso y empezaba a servirse el tercero, advirtió que hacía más de dos días que no tomaba una gota de líquido.

—¿Hay soda? —preguntó.

Rosa dijo que sí, se levantó, fue hasta la heladera, sacó una botella de soda y la dejó sobre la mesa. María bebió dos vasos llenos hasta el borde, el primero de ellos mezclado con vino.

—¡Qué sed que tenés! —le dijo Rosa.

—¿Viste? Debe ser el polvillo que trago todo el día en la obra... Y encima recién me di cuenta de que hace como dos días que no tomo nada.

—¿Nada?

—Me pasaba de chico también. Podía estar dos o tres y hasta cuatro días sin tomar nada y de golpe no sé, recuperaba. Me tomaba hasta el jugo de las naranjas. Las ablandaba

con la mano... las dejaba bien blanditas... les hacía un agujero y me las tomaba... Muchos chicos hacían eso allá en mi pueblo... Había un solo quiosco y quedaba lejos, y además nadie tenía nunca un peso. ¡Nos hacíamos la gaseosa! Bueno, dije algo, ¿viste?

—¿En qué pueblo naciste?

—En Gobernador Castro.

—No conozco...

—¡Qué vas a conocer, si es un pueblo de mierda! Queda al lado de Ramallo. ¿Ramallo te suena?

—No...

—Ramallo también es un pueblo de mierda. No sé cómo decirte dónde queda... Queda a cien kilómetros de Rosario. Bueno, está más cerca de San Pedro. A San Pedro sí lo conocés...

—¿Pasando Rosario?

—No, antes. Para este lado. Antes de llegar a Ramallo, como cincuenta kilómetros antes. Yendo para Rosario a ciento cincuenta kilómetros de acá. Gobernador Castro está a ciento setenta.

—Ah... —murmuró Rosa, tratando de descifrar la información.

—Sí —apoyó María.

—Yo pensé que habías nacido en Capilla...

—No, ahí me mudé de chico, pero no. Nací en Castro. Puta madre cómo me duele esta mano...

—¿Qué pasó, te golpeaste?

—Sí. Me la doblé.

—¿Te la golpeaste o te la doblaste?

—Me la golpeé.

—¿Y cómo te la doblaste?

—No sé, se me debe haber golpeado levantando algo.

En el momento no me di cuenta, pero ahora me duele hasta el cabello.

—Tomá, servite otra. ¿Querés que te corte?

—No, dejá, puedo.

—Me da vergüenza decirte, pero... anoche soñé con vos. Ibas arriba de un caballo blanco, con una espada en la mano...

—Con San Martín soñaste...

—No, en serio. Ibas desnudo.

—En pelo.

—En pelotas, sí.

—En pelo, digo, montado en pelo.

—¡Ah, sí! ¡Perdón! Mirá lo que me hacés decir... —se ruborizó—. Ibas desnudo en el caballo con la espada en la mano. Y la espada y tu... bueno, sí, tu... pito, y el cuello del caballo, todo estaba lleno de nervios, de venas... Te juro que me desperté.

—¿Tenés siempre sueños eróticos?

—No. Anteanoche soñé que iba a mirar vidrieras. Miraba vidrieras a lo loco, entraba a un local y me compraba un montón de ropa y después me iba a la peluquería y me hacía los claritos.

Se hizo un silencio. Rosa lo miró.

—¿En serio no pasa nada?

María negó con la cabeza y Rosa no insistió. Habían mantenido la conversación mirando de reojo el programa de Chiche Gelblung, para ver si aparecía el enano. Pero el conductor se regodeó con otra clase de deformidades sin que el enano apareciera nunca, aunque lo prometía antes de cada corte comercial. Antes del último corte, el de la despedida, Gelblung empezó a disculparse porque el tiempo le había jugado en contra y prometió un programa especial

para el día siguiente dedicado por entero al hombre más pequeño del mundo. Pero Rosa apagó enojada antes de que Gelblung terminara la promesa y fue a sentarse sobre las piernas de María. Le echó los brazos al cuello.

—¿Sabés qué es lo que más me gusta de vos? —le dijo.
María negó con la cabeza.

—Que sos misterioso. Tan callado... Parece que te guardarás siempre algo...

Y acercó sus labios a los labios de él. Pero un centímetro antes de besarlo se detuvo y se quedó allí como congelada, con los ojos abiertos y las pupilas apuntando hacia la calle.

—¿Qué pasa? —preguntó María.

Rosa lo hizo callar con un rápido chistido.

Bajó sus piernas de un salto y corrió hasta la ventana.

—¡Dios mío!

—¿Qué hay?

—¡Los señores, llegaron los señores! ¡Están abriendo la puerta! ¡La puta madre! ¿Qué hago? ¡Si te ven acá adentro me matan!

María fue a mirar por la ventana. Rosa tenía razón: había un hombre inclinado sobre la cerradura, tratando de embocar la llave. A su lado había una mujer. La mujer empezó a tocar el timbre.

—Escuchame, tranquilizate, yo sé lo que hay que hacer. Rosa, oíme, tranquila... Respirá hondo... Yo me escondo acá atrás de la mesada, vos les abrís, ellos entran y yo agarro las llaves y salgo y después te las tiro por arriba de la reja. Es muy fácil. Respirá hondo, tenés que disimular bien. Si te ven nerviosa te apretan y te sacan hasta el sueño que me contaste recién. Respirá. Eso... Muy bien... Ahora yo me escondo y vos andá a abrir...

—¡Los platos! —chilló Rosa.

—Yo me encargo, vos abrí. ¿Son de quedarse acá en la cocina cuando llegan?

—¡No entran nunca por acá, no sé qué pasó!

—Deben haber perdido las llaves de la entrada principal.

—Puede ser... ¡Mi Dios, tenían que volver la semana que viene...!

—¿Viste? El tifón que decías fue ahí...

El timbre seguía sonando, cada vez más insistentemente. María empujó a Rosa hasta la puerta. Después agarró su plato, lo echó en el lavaplatos y se escondió detrás de la mesada.

Rosa regresó con el señor y la señora Blinder, cargando sus valijas. La señora le preguntaba por qué se había demorado tanto en atender. Rosa le dijo que estaba en su dormitorio arreglando unas cosas. El señor Blinder empujó la puerta de la cocina y se perdió en el interior de la casa, mudo y malhumorado.

Una de las primeras cosas que le llamó la atención fue la nitidez con que los sonidos de la calle se metían en la casa; a determinadas horas de la noche podía oír hasta el golpeteo de las uñas de un perro en la vereda. A medida que fue descubriendo la casa por adentro, recordó sorprendido cuánto más chica de lo que era en realidad le había parecido mirándola desde afuera. Y no porque estuviera sobrecargada de muebles y de objetos, sino por la sencilla razón de que desde afuera podía abarcarla de un vistazo, algo que era imposible hacer desde adentro.

Se había instalado en el último piso, en la mansarda, donde se sentía más oculto. La primera noche no durmió. La segunda noche, por temor a que alguien entrara, durmió debajo de la cama. La llave estaba en la cerradura, pero le llevó más de un día decidir que podía cerrar la puerta y quitar la llave: si alguien, por cualquier motivo, iba a la habitación y descubría que la puerta estaba cerrada, seguramente pensaría que alguien de la casa la había cerrado; buscarían la llave, no la encontrarían, llamarían a un cerrajero y quizá hasta desistirían de entrar. ¿Qué podían ir a buscar a esa habitación? No había nada aparte de una cama con un colchón y un armario vacío.

En sus primeras noches en la casa tuvo, sin embargo, menos prevenciones de las que tuvo Rosa cuando empezó a trabajar allí. Rosa, a pesar de haber sido recibida con un decálogo de obligaciones y prohibiciones, que de algún

modo resolvieron su servicio y su tiempo libre, se había sentido perdida, empuñada y asustada. Pero una vez que aprendió dónde estaba la cera o la tabla de planchar y en qué cajón del armario iban los calzoncillos del señor y las blusas de la señora, se sintió más a gusto, familiarizada con el funcionamiento general de la mansión.

Hacía ya dos años que estaba allí. Y en ese tiempo no había hecho nunca nada inconveniente. Unos días después de la imprevista llegada de los Blinder, sin embargo, su carácter empezó a cambiar: se volvió taciturna, distraída, andaba siempre con los ojos brillantes, al borde del llanto, retorciéndose las manos. No había vuelto a tener noticias de María.

Hacía tres días que no sabía nada de él, desde el martes. El miércoles lo esperó con un sándwich de milanesa envuelto en papel madera: pensaba dárselo en la vereda, para que María se lo comiera en el colectivo; ahora que los Blinder estaban de regreso, sus encuentros con él volvían a limitarse a la puerta de calle. Pero María no apareció. Rosa supuso que debía estar un poco nervioso todavía por la llegada de los Blinder, que habían estado a punto de sorprenderlo allí adentro, y que por eso había preferido dejar pasar unos días antes de ir a verla de nuevo. El jueves tampoco fue. Rosa empezó a preocuparse. El argumento de que María había preferido dejar pasar unos días antes de ir a verla funcionaba a futuro solo para ese día.

El viernes, a su regreso del Disco, pasó por la obra. Alguien le dijo que no estaba, que hacía varios días que no iba. Notó que el clima estaba espeso, pero no supo a qué atribuirlo.

Se estaba yendo cuando un peón que entraba cargando un balde de arena se le acercó y le dijo que a María lo habían echado.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—El martes.

—¡No sabía nada...! ¿Cómo que lo echaron?

—Y sí, lo echaron.

—No me dijo...

—Disculpe —murmuró el peón y se alejó con su balde: el nuevo capataz había salido de una casilla de tablas a encender un cigarrillo y, como una fiera, lo miraba fijo por entre el humo.

Esa misma tarde fue a verla la policía. Eran dos, un hombre alto con un bigote negro y duro como un escobillón en miniatura, y un muchacho joven, de pelo largo, vestidos ambos de civil. Los atendió ella, en la puerta principal. Los policías le hicieron un millón de preguntas sobre María. Querían saber dónde vivía, su número de teléfono, si había estado el martes allí con ella, etcétera. Rosa no sabía la dirección de María. Les dijo que vivía en Capilla del Señor y que no tenía teléfono. El martes había estado con ella, sí. ¿Le había pasado algo?

—Se lo tragó la tierra, parece —le dijo irónicamente el hombre del bigote.

Rosa quedó desolada. Agradeció que en ese momento no estuvieran en la casa ni el señor ni la señora, porque aunque siempre hablaban bien de la policía, odiaban tenerla cerca. Algunos años atrás la policía había matado a un ladrón frente a la casa, habían vallado la vereda y habían permanecido allí durante una hora o más, hasta que por fin se decidieron a retirar el cuerpo; en el ínterin, uno de los policías tocó el timbre para pedir un vaso de agua... La señora Blinder vivió ese pedido como un escándalo, porque en la cuadra había una decena de lugares más apropiados, más accesibles para satisfacer algo tan elemental como la sed.

Habían pasado varios años de eso y todavía hoy la señora Blinder mencionaba de tanto en tanto el asunto del vaso de agua. La señora no le habría perdonado que la policía hubiera ido a la casa para hablar con ella de su novio.

Pero ¿por qué lo buscaban? ¿Qué había ocurrido con María? ¿Dónde estaba?

Lo peor de todo era que no tenía con quién hablar, nadie a quien confiar su desconcierto. Está bien, lo habían echado del trabajo y por lo visto no se había animado a decírselo, pero esa no era razón para desaparecer así. ¿Estaría enfermo? Eso podía ser, a lo mejor estaba enfermo. Si no estaba enfermo, ¿por qué iba a desaparecer? ¿No era casi obligatorio para él, si la causa de su desaparición era la vergüenza de haber sido echado del trabajo, pensar que ella en algún momento se iba a dar una vuelta por la obra para ver qué le había pasado y que allí se enteraría de todo? Estaba enfermo.

Y no se equivocaba: María tenía fiebre. Tendido en el colchón del cuarto que ya había hecho suyo, temblaba de frío. Hacía horas que no se movía. Tenía los dedos índice y medio de la mano izquierda envueltos en una tela de araña sobre la que se había apoyado sin querer en la mañana, al levantarse para ir al baño. Estaba débil. Para ponerse de costado en la cama debía hacer un gran esfuerzo; además, aunque el colchón era de buena calidad, un viejo colchón de resortes, las maderas de la cama crujían y temía que alguien lo oyera, así que permaneció durante horas absolutamente inmóvil. Por otra parte, hacía más de dos días que no probaba bocado. Las persianas del cuarto estaban cerradas y, de no ser por el sonido, no hubiera sabido si era de día o de noche.

Apenas se sintió un poco mejor, volvió al baño. Había descubierto un baño la noche anterior, en un paseo temeroso y muy osado, una salida de reconocimiento del terreno

que lo llevó a cubrir buena parte de la mansarda; el baño también parecía abandonado, al igual que el cuarto donde se había instalado. Estaba limpio (Rosa debía limpiarlo de tanto en tanto), pero era evidente que estaba fuera de uso. En ese paseo intentó abrir varias de las puertas que encontró en el camino: la mayoría estaban cerradas con llave; otras daban a más cuartos vacíos, y una a una especie de desván o depósito en el que se apilaban toda clase de cosas, desde ropa vieja en bolsas de nailon hasta juguetes.

Ir de cuerpo y orinar era toda una aventura. Dejaba la puerta abierta, tal como la había encontrado, para que si alguien aparecía de pronto no advirtiera ninguna variación, en caso de que tal cosa fuera posible, y también para escuchar y tener tiempo de salir y ocultarse. El problema llegaba en el momento de tirar de la cadena, una operación que le llevaba mucho tiempo; era un inodoro antiguo, con un depósito de agua separado de la taza (ubicado en el ángulo que formaban la pared y el techo), del que salía una cadena que terminaba en un manguito de madera y del que él tiraba milimétricamente, hasta que empezaban a correr los primeros hilos de agua. Con esos hilitos de agua, un caudal equivalente al de una pérdida, María lavaba todo rastro, y lo hacía tan pacientemente que ni él mismo alcanzaba a oír nada.

A veces, de una manera increíble, una gota de agua se desprendía de la debilidad general del chorro y salpicaba el borde de la taza, o él mismo, al orinar, mojaba la tapa, así que debía limpiar todo cuidadosamente (con papel, con el puño de la camisa) antes de abandonar el baño.

Hasta la noche del jueves, cuando decidió incursionar en la cocina, se mantuvo siempre en el cuarto, excepto por sus idas al baño y por aquella primera salida de inspección. No

había alterado nada, no había dejado ningún rastro de su presencia: cada cosa seguía en su lugar.

Volaba de fiebre, así que pasó los primeros días acostado; se había puesto la camisa de trabajo encima de la camisa de calle y se cubría con el pantalón y hasta con el bolso, pero igual temblaba: al frío de comienzos de primavera había que sumarle el frío de la casa y el frío de la fiebre. Sin embargo, en ningún momento sintió que estuviera cerca de abandonar. Todo lo contrario: debía reponerse, tenía que alimentarse.

El jueves a la noche bajó a la cocina. La mansión tenía cuatro plantas y él no conocía ni siquiera el piso en el que estaba, pero llegó a la cocina mucho más rápido de lo que había pensado. Iba descalzo, había dejado los zapatos en el bolso debajo de la cama. En ciertos sectores de la casa no veía absolutamente nada; en otros, la luz de la noche que se colaba por las aberturas, o la luz de un farol del jardín que era siempre encendido apenas oscurecía, le permitieron ver parte del recorrido, aunque no por eso se sintió más seguro. Después de todo, ¿qué veía? Cuadros, espejos, alfombras.

El reloj en la pared sobre la puerta de la cocina marcaba las tres de la mañana. Abrió la heladera; la luz le dolió y lo hizo parpadear. Volvió a cerrarla. ¿Qué podía llevar sin que al otro día Rosa notara que faltaba algo? En el suelo, junto a una silla, vio una bolsita de nailon que había sido abollada un momento atrás y que aún seguía descomprimiéndose lentamente, como una flor. La agarró y empezó a desplegarla: era una bolsa de Disco y era notable el ruido que hacía. María aprovechó el paso de un auto para abrirla de golpe. Después puso en el interior de la bolsa un pan que tomó de la mesada, abrió la heladera y agarró un poco de cada cosa, sin saber muy bien qué.

Al girar para irse, miró de nuevo el reloj: no eran las tres de la mañana sino las doce y media. Había estado quince minutos en la cocina; el reloj indicaba las doce y cuarto cuando entró (no las tres). Se asustó: era demasiado temprano, podía haber alguien despierto todavía. Salió de la cocina crispado y más alerta que nunca y subió por la escalera de servicio saltando los escalones de tres en tres.

En el primer piso se detuvo a respirar. Sentía en las manos los latidos del corazón. Tenía que seguir adelante por el pasillo hasta la próxima escalera, por la que subiría dos pisos más hasta llegar a la mansarda. Reanudó la marcha, pero a mitad de camino oyó un llanto débil y entrecortado en la oscuridad. Se detuvo, más que nada por temor a toparse de repente con la persona que lloraba, e incluso retrocedió unos pasos, pero enseguida notó que el llanto venía de un cuarto frente al que se había detenido luego de su retroceso y apoyó cuidadosamente una oreja en la puerta. Era Rosa. Lloraba con la cara hundida en la almohada: un llanto apagado, desgarrador pero apagado, que se interrumpió de pronto, apenas María terminó de apoyar la oreja en la puerta.

Dos segundos después Rosa asomó la cabeza en el pasillo. La luz del velador en la mesita de luz la recortó como a una sombra. No había nadie. Rosa se sonó la nariz y volvió a entrar.

En ese momento, con la frente en llamas y los pies helados, María se deslizaba escaleras arriba en dirección a la mansarda. Ya en su cuarto, mientras comía, pensó, con cierta lógica, que Rosa hundía la cara en la almohada porque sabía que podía ser oída. Además, había ido a llorar a otro cuarto. ¿O estaba allí haciendo alguna tarea y, de pronto, se puso a llorar? Había una pregunta más importante que esa: ¿tan cerca estaba el cuarto de Rosa del cuarto de los Blinder,

para que ella hundiera la cara en la almohada? No. Rosa dormía en el ala este y los Blinder en el ala norte de la planta baja. Pero María no lo supo hasta varios días después. Por el momento —al día siguiente— iba a enterarse, y nada menos que de boca de la señora Blinder, de que la policía había estado allí preguntando por él.

Esa mañana se despertó sintiéndose mucho mejor. Había comido exactamente un pan, cinco aceitunas, una feta de jamón crudo, la mitad de una cebolla (también cruda) y una manzana. Lo despertaron los ruidos de la calle, difuminados como un dibujo en el silencio de la casa, o combinados con él. ¿Cuánto hacía que estaba allí? Tres días, dos noches, calculó. Quizá cuatro días y tres noches. Todavía en posición fetal sobre la cama, pensó que ya era hora de irse. Después, cuando se puso de pie, consideró la posibilidad de quedarse un poco más, quizá otro día. ¿Adónde podía ir? No había un solo lugar en el que pudiera esconderse...

Ya no tenía fiebre, aunque le dolían un poco los huesos y las articulaciones. Notó que la puerta del cuarto no emitía el más mínimo sonido incluso si la abría de golpe, como había supuesto hasta ese momento.

Salió. El piso estaba inundado de una claridad dudosa, pero por primera vez tuvo una panorámica del lugar en el que estaba. Lo recorrió lentamente, observando la distribución de cuartos y pasillos y de cada objeto con el que hubiera podido tropezar en sus salidas anteriores, o con el que podía tropezar en adelante.

Bajó un piso. Si la mansarda permanecía inhabitada, el tercer piso le dio la impresión de ser un sitio de paso; quizá era allí donde los Blinder alojaban a sus huéspedes, si es que alguna vez los tenían. Todas las ventanas estaban cerradas, pero no faltaba ninguna de las cosas necesarias para que

alguien pudiera sentirse a sus anchas: alfombras, chimenea, un carrito con bebidas alcohólicas, una biblioteca, un teléfono, un televisor... Las camas no tenían sábanas, estaban cubiertas con una manta, y el aire de los cuartos era seco y fresco, como si fueran ventilados a diario. Allá y aquí, en las paredes de la sala, había retratos al óleo de hombres y mujeres, todos muy serios, enmarcados en dorado. La escalera principal desembocaba muy cerca de la chimenea. María avanzó en la dirección opuesta, siguiendo un corredor que lo llevó hacia el ala de servicio, donde pasó junto a varios cuartos vacíos, de dimensiones muy reducidas; eran los cuartos de la servidumbre, que muchos años atrás debió ser un personal completo, con ama de llaves y mayordomo. ¿Por qué, entonces, Rosa dormía en la planta baja y no allí?

Mientras descendía, supuso que toda la mansión debía haber sido reestructurada en función de la disminución del número de sus ocupantes. La habitación que ocupaba Rosa debió haber sido la que tiempo atrás ocupara el ama de llaves o el mayordomo. Las comodidades del segundo piso eran muy similares a las del tercero, aunque la decoración era bastante más espesa, casi barroca. En la sala de estar había una profusión notable de mesas, mesitas, banquitos, sillones, butacas.

Se acercó a una mesa repleta de portarretratos y se inclinó para mirar las fotos de cerca: en todas se repetía una mujer rubia, de unos cuarenta años de edad, siempre con la misma sonrisa, aunque con un peinado distinto en cada foto; a veces la mujer estaba sola y a veces aparecía junto a un hombre de su edad: probablemente su esposo, o quizá su hermano. Había otros dos hombres de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años y muchos chicos rubios sonrientes o serios, de saco y corbata o en traje de baño, siempre los

mismos chicos a distintas edades y en distintos lugares, desde la iglesia a la playa. Uno de los dos hombres aparecía solo y en una única foto; incluso el portarretratos daba la impresión de ocupar un lugar poco destacado en la mesa. En la última foto que miró aparecían todos (excepto el hombre de la única foto) uno al lado del otro por detrás de un señor y una señora sentados en sillas de mimbre, ambos vestidos con toda elegancia... Entonces oyó el chisporroteo de una voz en el primer piso. Se acercó a la escalera.

La señora Blinder acababa de enterarse de la visita de la policía. Israel la había detenido en la calle un momento atrás y, maliciosamente, se había mostrado inquieto por «el caso del novio de Rosa». Alarmada, la señora Blinder se llevó una mano a la boca.

—¡Dios mío, Rosa, parece que tu novio mató a una persona!

A Rosa se le doblaron las rodillas. La cabeza le dio vueltas.

—¡Dicen que mató al capataz de la obra donde trabaja! ¿Cuánto hace que no lo ves? ¿Por qué no me dijiste que había venido la policía? Rosa, ¿me oís?

—No puede ser...

Rosa se puso a llorar.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Está todo el barrio comentando el caso. ¿Cuánto hace que no lo ves?

—Tres o cuatro días... —dijo Rosa.

—¿Por qué no me dijiste que había venido la policía?

—Me asusté, señora...

—¿La policía viene a mi casa, para verte a vos, y vos no me decís nada?

—Tuve miedo, señora...

—Insólito. ¿Qué voy a hacer con vos?

—Perdonemé, señora, por favor. No sabía nada.

—¿No sabías nada sobre qué?

—Sobre nada, señora.

—¡Qué espanto, noviendo con un asesino! ¡Te venía a ver, le abrías la puerta...! —se persignó—. Yo lo vi en dos o tres oportunidades, de lejos, y no me gustó. Ya me parecía a mí. ¿Y ahora?

—No sé, señora. Yo pienso que no puede ser, debe haber algún error...

—¿Y me decís que no lo viste más?

Rosa juró besándose los dedos en cruz. Después volvió a llorar.

—¿Y por qué no lo viste más? ¿Te contó algo de lo que hizo?

—No, señora.

—¿No sabías nada vos?

—Nada, señora.

—¿Seguro?

—Sí, señora, pero no puede ser: él es incapaz de matar una mosca, es un hombre muy bueno...

La señora Blinder permaneció un momento en silencio, con la cabeza llena de ideas contrarias. Finalmente pareció desecharlas todas, suspiró y salió de la sala caminando rápido. Rosa se sentó en el borde de un sillón y hundió la cara entre las manos. María se apartó y empezó a subir la escalera, pensativo.

